

Ideología y utopía
KARL MANNHEIM

Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

1. Definición de conceptos: Ideología

El concepto particular de «ideología» implica que el término expresa nuestro escepticismo respecto de las ideas y representaciones de nuestro adversario. Se considera a éstas como disfraces más o menos conscientes de la verdadera naturaleza de una situación, pues no podría reconocerla sin perjudicar sus intereses. Tales deformaciones abarcan todo el camino que media entre las mentiras conscientes, las semiconscientes y las involuntarias disimulaciones; entre los intentos deliberados para enseñar al prójimo y el engaño de uno mismo. Esta concepción de la ideología, que sólo gradualmente se ha ido diferenciando de la noción común y corriente de la mentira, es particular en muchos sentidos. Su particularidad se vuelve patente cuando la oponemos al concepto total más amplio de ideología. Nos referimos aquí a la ideología de una época o de un grupo histórico-social concreto, por ejemplo, de una clase, cuando estudiamos las características y la composición de la total estructura del espíritu de nuestra época o de este grupo.

Los elementos comunes a estas dos concepciones y los que las diferencian son por sí evidentes. El elemento común a ambos parece consistir en el hecho de que ninguno confía en lo que dice el adversario para comprender su verdadero significado e intención. Ambos se apartan del sujeto, ya sea individuo o grupo, y tratan de comprender lo que se dice por el método indirecto del análisis de las condiciones sociales del individuo o de su grupo. Las ideas expresadas por el sujeto se consideran en tal forma como funciones de su existencia. Esto significa que las opiniones, las afirmaciones las proposiciones y los sistemas de ideas no se aceptan por su valor aparente, sino que se les interpreta a la luz de la situación vital de aquel que las expresa. Significa, además, que el carácter específico y la situación vital del sujeto ejercen una influencia sobre sus opiniones, sus percepciones y sus interpretaciones.

Estas dos concepciones de ideología hacen, por lo tanto, de esas llamadas «ideas», una función de la persona que las sostiene y de su posición en su medio social. Pero aunque poseen algo en común, existen entre ellas ciertas diferencias bien marcadas. Mencionaremos únicamente las más importantes:

a) En tanto que el concepto particular de ideología designa sólo una parte de las afirmaciones del adversario con el nombre de ideologías -y esto, únicamente en cuanto se refiere a su contenido- el concepto total pone en tela de juicio toda la concepción del mundo (inclusive su aparato conceptual), del adversario y se esfuerza en comprender dichas concepciones como un producto de la vida colectiva en que participa.

b) El concepto particular de «ideología» analiza las ideas desde un punto de vista meramente psicológico. Si se pretende, por ejemplo, que un adversario está mintiendo, o que está ocultando o deformando determinada situación real, se acepta, sin embargo, que ambas partes comparten criterios comunes de validez; se supone asimismo que es posible refutar las mentiras y cegar las fuentes de error al referirse a criterios reconocidos de validez objetiva, comunes a ambas partes. La sospecha de que el adversario es víctima de una ideología no llega hasta el punto de excluirlo de la discusión, cuya base habrá de ser un marco teórico común de referencia. Algo muy diferente ocurre con el concepto total de ideología. Cuando atribuimos a determinada

época histórica un cierto mundo intelectual y a nosotros un mundo distinto, o si cierto grupo social, determinado históricamente, piensa en categorías distintas de las nuestras, nos referimos, no a los casos aislados del contenido del pensamiento, sino a sistemas de pensamiento divergentes y a modalidades de experiencia y de interpretación profundamente diferentes. Tocamos el punto de vista teórico o noológico cuando consideramos no sólo el contenido, sino la forma, y aun la armazón conceptual de un modo de pensamiento como función de la situación vital de un pensador. «Las categorías económicas con meras expresiones teóricas, meras abstracciones de las relaciones sociales de producción... El mismo hombre que establece relaciones sociales de acuerdo con su productividad material, produce también principios, ideas, categorías que están de acuerdo con sus relaciones sociales» (Karl Marx, *Miseria de la Filosofía*). Tales son las dos maneras de analizar las afirmaciones como funciones de su fondo social la primera actúa en el plano psicológico, la segunda, en el noológico.

c) En relación con esta diferencia, la concepción particular de ideología se aplica principalmente a una psicología de los intereses, en tanto que la concepción total emplea un análisis funcional más formal, sin referencia alguna a las motivaciones concretándose a una descripción objetiva de las diferencias estructurales de las mentalidades que operan sobre una base social diferente. La primera acepta que tal o cual interés es causa de determinada mentira o de determinado engaño. La segunda presupone sencillamente que existe una correspondencia entre determinada situación social y determinada perspectiva, punto de vista o masa aperceptiva. En este caso si el análisis de complejos de intereses puede ser a menudo necesario, no lo será para establecer relaciones causales, sino para caracterizar la situación total. Así pues, el interés de la psicología tiende a ser desplazado por un análisis de la situación que se trata de conocer y de las formas del conocimiento.

Según esta interpretación, la teoría de los "ídola" de Bacon puede considerarse hasta cierto punto como precursora del concepto moderno de ideología. Los «ídolos» eran «fantasmas» o «preconcepciones», y eran, como sabemos, los ídolos de la tribu, de la caverna, del mercado y del teatro. Todos ellos eran fuentes de error brotadas a veces de la propia naturaleza humana, a veces de individuos particulares. También es posible atribuirlos a la sociedad o a la tradición. En todo caso, son obstáculos en el camino del verdadero conocimiento. De seguro, existe cierta relación entre el término moderno «ideología» y el término que usaba Bacon para significar una fuente de error. Además, el descubrimiento de que la sociedad y la tradición pueden convertirse en fuentes de error es una anticipación del punto de vista sociológico. Sin embargo, no se puede afirmar que exista una verdadera relación, que se pueda trazar directamente en la historia del pensamiento, entre ese concepto y el concepto actual de ideología.

Es sumamente probable que la experiencia cotidiana de los asuntos políticos haya permitido al hombre percibir por primera vez y someter a un juicio crítico el elemento ideológico de su pensamiento. Durante el Renacimiento, entre los conciudadanos de Maquiavelo surgió un nuevo proverbio, que se aplicaba a una observación común en aquella época -esto es, que una cosa se piensa en palacio y otra en la plaza. En tal forma se quería expresar el grado cada vez mayor en que el público tenía acceso a los secretos de la política. Aquí podemos observar el principio del proceso en el curso del cual lo que antaño había sido únicamente un arrebatado accidental de suspicacia y de escepticismo respecto a las declaraciones públicas, se desarrolló en una investigación metódica del elemento ideológico que contenían todas las opiniones. La diversidad de los caminos del pensamiento entre los hombres se atribuye ya, en tal etapa, a un factor al que bien se podría llamar sociológico, sin deformar indebidamente el término. Maquiavelo, con su implacable razonamiento, se propuso relacionar las variaciones en las opiniones de los hombres con las correspondientes variaciones en sus intereses. Por tanto, cuando prescribe una medicina fuerte para cada engaño de las partes

interesadas en alguna controversia, parece que está exponiendo explícitamente y asentando como una norma general del pensamiento lo que estaba implícito en el proverbio vulgar de su época.

Al parecer, exigió una línea recta que conduce desde ese punto de la orientación intelectual del mundo occidental al modo racional y calculador de pensar de la «época de las luces». La psicología de los intereses parece brotar de esa fuente. Una de las principales características del método del análisis racional del comportamiento humano, del que es un modelo la Historia de Inglaterra, de Hume, fue la presuposición de que existía en los hombres cierta tendencia innata a «fingir» y a engañar a sus semejantes. La misma característica se observa en los historiadores contemporáneos que trabajan con el concepto particular de ideología. Esa modalidad del pensamiento se esforzará siempre, en unión con la psicología de los intereses, en arrojar una duda acerca de la integridad del adversario y en sospechar sus motivos. Sin embargo, ese procedimiento tiene un valor positivo siempre que en un caso dado tengamos interés en descubrir el auténtico significado de una afirmación que se oculta detrás de un *camouflage* de palabras. Esa tendencia a «desenmascarar» se ha vuelto muy marcada en el pensamiento de nuestra época. Y aunque muchos consideran ese rasgo como falta de dignidad y de respeto (y en verdad, en cuanto esa busca de lo oculto y velado es un fin en sí, la crítica es muy merecida), esa posición intelectual se impone a nosotros en una época de transición como la nuestra, que juzga necesario abandonar muchas tradiciones y formas anticuadas.

2. Del concepto particular al concepto total de ideología

Sólo en un mundo sacudido por un trastorno social, en que se están creando nuevos valores fundamentales mientras los antiguos se derrumban, el conflicto intelectual puede llegar a tal extremo que los bandos antagónicos traten de aniquilar no sólo las creencias específicas y las posiciones del adversario, sino también los cimientos intelectuales sobre los cuales descansan esas creencias y esas posiciones.

Mientras las partes contendientes viven en el mismo mundo y tratan de representarlo, aunque se hallen en los polos opuestos de ese mundo, o mientras un grupo feudal combate contra su igual, semejante destrucción, recíproca y completa, es inconcebible. Esa profunda desintegración de la unidad intelectual se vuelve posible únicamente citando los valores básicos de los grupos combatientes constituyen mundos separados. Al principio, en el curso de esa desintegración que se va profundizando cada vez más, la ingenua desconfianza se convierte en una sistemática noción particular de ideología, que, sin embargo, permanece en el plano psicológico. Pero, a medida que prosigue el proceso se extiende a la esfera noológica y epistemológica. La naciente burguesía, que trajo consigo una nueva serie de valores, no se conformaba con que se le marcara su lugar, circunscrito dentro del viejo orden feudal. Representaba un nuevo «sistema económico» (en el sentido que le atribuye Sombart), acompañado de un nuevo estilo del pensamiento que, a la postre, desplazó los modos existentes de interpretar y explicar el mundo. Lo mismo puede decirse del proletariado en la actualidad. Aquí también observamos un conflicto entre dos concepciones económicas, entre dos sistemas sociales y, por lo tanto, entre dos estilos de pensamiento divergentes.

¿Cuáles fueron los factores que allanaron el camino, en la historia de las ideas, al concepto total de ideología? De seguro no fue únicamente la actitud de desconfianza de la que surgió gradualmente el concepto de ideología. Hubo que dar pasos más trascendentales antes de que las numerosas tendencias del pensamiento que se movían en la misma dirección general pudieran sintetizarse en el concepto total de ideología. La filosofía desempeña un papel en tal proceso, pero no la filosofía tal como es entendida generalmente, es decir, el de una disciplina totalmente apartada de la trama real de la vida. Su papel consistió más bien en ser el último y fundamental

intérprete del devenir, en el mundo contemporáneo. Ese cosmos en eterno fluir debe considerarse como una serie de conflictos determinados por la naturaleza de la mente y sus reacciones ante la estructura perennemente cambiante del mundo. Sólo indicaremos aquí las principales etapas de la aparición del concepto total de ideología, desde los puntos de vista neológico y ontológico.

El primer paso importante en esa dirección consistió en el desarrollo de una filosofía de la conciencia. La tesis de que la conciencia es una unidad constituida por elementos coherentes, plantea un problema de investigación que, especialmente en Alemania, ha sido la base de importantes intentos de análisis. La filosofía de la conciencia sustituyó a un mundo infinitamente variado y confuso una organización de la experiencia, cuya unidad se halla garantizada por la unidad del sujeto que percibe. Esto no implica que el sujeto refleja únicamente la forma estructural del mundo exterior, sino más bien que, en el curso de esa experiencia del mundo, desarrolla espontáneamente los principios de organización que le permiten comprenderlo. Una vez destruida la unidad ontológica objetiva, se trató de sustituirle una unidad impuesta por el sujeto que percibe. En lugar de la unidad objetiva y ontológica, cristiana y medieval del mundo, surgió la unidad subjetiva del sujeto absoluto de la «época de las luces»: «la conciencia en sí».

Por tanto, el mundo como «mundo» sólo existe con referencia a la mente cognoscente, y la actividad mental del sujeto determina la forma en que se representa el mundo. Esto constituye, de hecho, el embrión del concepto total de ideología, aunque se halla aún desprovisto de significado sociológico.

En esta etapa se concibe al mundo como una unidad estructural, y no como una pluralidad de acontecimientos heterogéneos, como parecía que habría de ocurrir cuando en el periodo intermedio, la ruina del orden objetivo parecía acarrear el caos. Se refiere íntegramente a un sujeto, pero en este caso el sujeto no es un individuo concreto. Es más bien la ficción de «la conciencia en sí». En esta doctrina, particularmente manifiesta en Kant, el punto de vista neológico se diferencia profundamente del psicológico. Es el primer paso en la disolución de un dogmatismo ontológico que considera que el «mundo» existe independientemente de nosotros, en forma fija y definitiva.

El segundo paso en el desarrollo del concepto total de ideología conduce a considerar la noción total, pero supratemporal de ideología en su perspectiva histórica. Es precisamente lo que hacen Hegel y la escuela histórica. Ésta, y más aún Hegel parten de la hipótesis de que el mundo es una unidad, y de que sólo es concebible con relación a un sujeto cognoscente. En este punto se añade al concepto algo que es para nosotros un elemento completamente nuevo, a saber, que esa unidad se halla en un proceso de continua transformación histórica y tiende a una constante restauración de su equilibrio en niveles cada vez más elevados. Durante la «época de las luces» se consideraba en conjunto al sujeto, portador de la unidad de conciencia, como una entidad abstracta, supratemporal y supersocial: «la conciencia en sí». Durante el periodo que estudiamos, el *Volksgeist*, «el espíritu del pueblo», llega a representar los elementos históricamente diferenciales de la conciencia, que se hallan integrados por Hegel en el «espíritu del mundo». Es evidente que el carácter concreto, cada vez más acentuado, de esa clase de filosofía, se deriva de la atención más estrecha que presta a las ideas que surgen de la interacción social y de la incorporación de corrientes de pensamiento histórico-político al dominio de la filosofía. De esta suerte, las experiencias de la vida cotidiana no se aceptan ya sin discusión, sino que se las examina bajo todos sus aspectos y se remonta hasta sus supuestos. Debe observarse, no obstante, que la naturaleza históricamente cambiante del espíritu no fue descubierta tanto por la filosofía como por la penetración de los conceptos políticos en la vida cotidiana de aquella época.

La reacción que siguió al pensamiento ahistórico del periodo de la Revolución francesa, reanimó y dio nuevos bríos a la perspectiva histórica. En último análisis, la transición del sujeto general abstracto, unificador del mundo («la conciencia en sí»), al sujeto más concreto («el espíritu del pueblo» diferenciado de nación a nación), no fue tanto un descubrimiento filosófico como la expresión de una transformación en la manera de reaccionar ante el mundo, en todos los campos de la experiencia. Este cambio se inició con la revolución del sentimiento popular, durante las guerras napoleónicas y después, época en que nació el sentimiento de nacionalidad. El hecho de que se puedan atribuir antecedentes más remotos a la visión histórica y al *Volksgeist* no destruye la validez de esta observación.

El último paso, y el más importante, en la creación del concepto total de ideología surgió también de un proceso histórico-social. Cuando la «clase» sustituyó al «pueblo» o a la nación como portadora de la conciencia en estado de evolución histórica, la misma tradición teórica, a la que antes nos hemos referido, absorbió la obra que entre tanto se había realizado en el proceso social, es decir, que la estructura de la sociedad y sus correspondientes formas intelectuales se empezaron a comprender como variantes, según las relaciones entre las clases sociales.

Así como, en una época anterior, el «espíritu del pueblo», históricamente diferenciado, sustituyó a la «conciencia en sí», del mismo modo el concepto de *Volksgeist*, aún demasiado estrecho, fue reemplazado por el concepto de conciencia de clase, o mejor dicho, por el de ideología de clase. Así pues, el desarrollo de estas ideas sigue un doble camino: por una parte hay un proceso de *sintetización* y de integración, por el cual el concepto de conciencia proporciona un centro unitario a un mundo infinitamente variable; y por la otra, un constante empeño en hacer más flexible el concepto unitario que se habla formulado con demasiada rigidez y en forma exageradamente esquemática en el curso del proceso de sintetización.

El resultado de esta doble tendencia es que, en vez de una unidad ficticia, de una «conciencia en sí», colocada fuera del tiempo e inmune a los cambios (cosa que nunca se pudo demostrar), tenemos un concepto que varía con los periodos históricos las naciones y las clases sociales. En el curso de esa transición, seguimos apegados a la unidad de la conciencia, pero tal unidad es ahora dinámica y en constante proceso de devenir. Así se explica el hecho de que, aun cuando el concepto estático de la conciencia haya sido abandonado, el conjunto de materiales, cada vez más abundantes, descubiertos por la investigación histórica, no aparezca como una masa incoherente y discontinua de acontecimientos aislados.

Dos consecuencias se derivan de este concepto de la conciencia: en primer lugar, percibimos claramente que no se pueden comprender los asuntos humanos si se separan y aíslan sus elementos. Cada hecho y cada acontecimiento de un periodo histórico se explica únicamente en términos de sentido, y a su vez ese sentido está relacionado con otros. Así pues, el concepto de la unidad y de la interdependencia con otros «sentidos» de un periodo, constituye la base de la interpretación de ese periodo. En segundo lugar, ese sistema interdependiente de «sentidos» varía a la vez en cada una de sus partes y en su totalidad, de un periodo histórico a otro. La reinterpretación de ese continuo y coherente cambio de sentido constituye el tema principal de nuestras modernas ciencias históricas. Aunque Hegel contribuyó probablemente más que cualquier otro a demostrar la necesidad de integrar los diversos elementos de sentido en determinada experiencia histórica, procedió en forma especulativa, en tanto que nosotros hemos llegado a una etapa de desarrollo en que es posible traducir esa fecunda noción que nos han dado los filósofos, en investigación empírica.

Si se logró al principio contener el conocimiento erróneo apelando a la garantía divina, que infaliblemente revelaba lo cierto y lo real, o a la contemplación pura, en la que se

suponía que se descubra la verdad, en la actualidad el criterio de la verdad se halla principalmente en una ontología que se deriva de la experiencia política. La historia del concepto de ideología desde Napoleón hasta el marxismo, a pesar de algunos cambios en su contenido, ha conservado el mismo criterio político de la realidad. El ejemplo histórico muestra, al mismo tiempo, que el punto de vista pragmático estaba ya implícito en la acusación de Napoleón a sus adversarios. En verdad, puede decirse que, para el hombre moderno, el pragmatismo se ha vuelto, por decirlo así, en muchos respectos, la concepción inevitable y adecuada, y que la filosofía, en este caso, se ha apropiado lisa y llanamente esa concepción, de la que ha sacado su conclusión lógica.

Llamamos la atención sobre el matiz que daba Napoleón al significado de la palabra ideología, con el objeto de mostrar claramente que a menudo el vocabulario común y corriente contiene más filosofía y entraña mayor significado, para el planteo ulterior de los problemas, que las discusiones académicas, que tienden a volverse estériles porque no cuidan de comprender el mundo fuera de las paredes de una academia.

Si nos referimos al ejemplo antes citado, daremos otro paso en el análisis y podremos aclarar otro aspecto del problema. En la lucha que emprendió Napoleón contra sus críticos, pudo, como vimos, debido a su posición preponderante, desacreditarlos con sólo poner de manifiesto la naturaleza ideológica de su pensamiento. En estados más avanzados de su desarrollo, la palabra ideología se emplea como un arma de combate en manos del proletariado contra el grupo dominante. En resumen, esta penetrante revelación de la base del pensamiento, como nos ofrece la noción de ideología, no puede, al fin y al cabo, seguir siendo el privilegio de una sola clase. Pero precisamente, la expansión y la difusión de la apreciación ideológica conduce a una encrucijada en que los defensores de un determinado punto de vista e interpretación no pueden seguir atacando los de sus adversarios, por considerarlos ideológicos, sin colocarse a su vez en una situación tal que tengan que rechazar el mismo reproche. Así llegamos de improviso a una nueva etapa metodológica en el análisis del pensamiento en general.

Durante cierto tiempo pareció privilegio del proletariado el empleo del análisis ideológico para desenmascarar los motivos ocultos del adversario. La gente no tardó en olvidar el origen histórico del término, que acabamos de indicar, y no sin cierta razón pues si bien conocido de antes, este método crítico aplicado al pensamiento fue recalcado y desarrollado metódicamente por el marxismo. La teoría marxista realizó por vez primera una fusión de las dos concepciones, la particular y la total, de ideología. Esta teoría fue la que, por vez primera, concedió la debida importancia al papel que representan la posición y los intereses de clase en el pensamiento. Principalmente por el hecho de que se deriva del hegelianismo, el marxismo pudo ir más allá del punto de vista psicológico de análisis y plantear el problema de una manera más comprensiva y filosófica. La noción de una «conciencia falsa» adquirió en tal forma un significado nuevo.

Pero esa etapa ha sido rebasada ya en el curso de desarrollos sociales e intelectuales más recientes. Hoy en día, ha dejado de ser privilegio exclusivo de pensadores socialistas el descubrir cimientos ideológicos bajo el pensamiento burgués y el desacreditarlo de ese modo. En la actualidad, grupos de diversas doctrinas esgrimen esa arma contra sus adversarios. A consecuencia de ello, estamos penetrando en una nueva época del desarrollo social e intelectual.

En Alemania, Max Weber, Sombart y Troeltsch -para sólo mencionar los representantes más prominentes de ese movimiento- dieron los primeros pasos en esa dirección. La verdad de las frases siguientes de Max Weber aparece cada vez con mayor claridad a medida que pasa el tiempo: «La concepción materialista de la historia no es una especie de carricoche que uno puede montar a capricho o quemarlo cuando le estorbe,

no; una vez montado en él, ni los revolucionarios tienen la libertad de abandonarlo». El análisis del pensamiento y de las ideas en términos de ideología es un arma cuyas aplicaciones son demasiado amplias e importantes para que se convierta en monopolio permanente de un solo partido. Nada podía oponerse a que los adversarios del marxismo usaran a su vez esa arma y la esgrimieran contra el propio marxismo.

3. Utopía, ideología y el problema de la realidad

Un estado de espíritu es utópico cuando resulta incongruente con el estado real dentro del cual ocurre.

La incongruencia es siempre evidente por el hecho de que semejante estado de espíritu, en la experiencia, en el pensamiento y en la práctica, se orienta hacia objetos que no existen en una situación real. Sin embargo, no deberíamos considerar como utópico cualquier estado de espíritu que es incongruente con la inmediata situación y la trasciende (y, en este sentido, se «aparta de la realidad»). Sólo se designarán con el nombre de utopías aquellas orientaciones que trascienden la realidad cuando al pasar al plano de la práctica, tiendan a destruir, ya sea parcial o completamente, el orden de cosas existente en determinada época.

Al limitar el significado del vocablo «utopía» a ese tipo de orientación que trasciende la realidad y que, al mismo tiempo, rompe los lazos del orden prevalente, se establece una distinción entre los estados de espíritu utópicos y los espirituales. Puede uno orientarse hacia objetos ajenos a la realidad, que trascienden la existencia real -y, sin embargo, seguir siendo capaz de realizar o conservar el orden de cosas existente. En el curso de la historia, el hombre se ha ocupado con más frecuencia de los objetos que trascendían el alcance de su existencia que de los que eran inmanentes a ésta, y, a pesar de esto, las formas reales y concretas de la vida social se han edificado sobre la base de estados de espíritu «ideológicos», incongruentes con la realidad. Semejante orientación incongruente se volvió utópica sólo cuando tendió, por añadidura, a destruir el orden prevalente. Por tanto, los representantes de cierto orden no han asumido en todos los casos una actitud hostil hacia las orientaciones que trascienden el orden existente. Más bien se han esforzado en controlar las ideas y los intereses trascendentales dentro de una situación dada, intereses e ideas que no era posible realizar dentro del orden prevalente, y en reducirlos a la impotencia, de tal suerte que se concretaran al mundo que se halla más allá de la historia y de la sociedad, donde no podrían afectar el *status quo*.

Hay dos clases principales de ideas que trascienden la situación: las ideologías y las utopías.

Las ideologías son las ideas que trascienden la situación y que nunca lograron, de hecho, realizar su contenido virtual. Aunque a menudo se convierten en los motivos bien intencionados de la conducta del individuo, cuando se las aplica en la práctica se suele deformar su sentido. La idea cristiana del amor fraternal, por ejemplo, sigue siendo, en una sociedad basada sobre la servidumbre, una idea irrealizable, y, en ese sentido, ideológica, aun cuando se reconozca que puede actuar como motivo en la conducta del individuo. Vivir en forma coherente, a la luz del cristiano amor al prójimo, en una sociedad que no esté organizada según el mismo principio resulta imposible. El individuo, en su conducta personal, se ve siempre obligado -en cuanto no se propone trastornar el orden social vigente- a renunciar a sus más nobles principios.

El hecho de que esta conducta ideológicamente determinada nunca realice plenamente el sentido que pretende tener, puede presentarse en muchas formas, y, en relación con éstas, hay toda una serie de tipos posibles de mentalidad ideológica. El primero de

esa serie es el caso en que el sujeto que piensa y concibe no acierta a advertir la incongruencia de sus ideas con la realidad, porque se lo impide todo el cuerpo de axiomas que entraña el pensamiento social e históricamente determinado. El segundo tipo de la mentalidad ideológica, al que podríamos llamar «la mentalidad hipócrita» o farisaica se caracteriza por el hecho de que, históricamente, tiene la posibilidad de descubrir la incongruencia entre las ideas y su conducta, pero, en vez de hacerlo, oculta ese concepto en aras de ciertos intereses vitales y emocionales. En fin, existe el tipo de mentalidad ideológica basada en un engaño deliberado, en que se debe interpretar la ideología como una mentira intencional. En tal caso, no se trata de un engaño involuntario de uno mismo, sino del engaño deliberado de nuestro prójimo. Hay un sinfín de etapas intermedias, desde la mentalidad bien intencionada, que trasciende la situación, hasta la ideología en el sentido de mentira consciente pasando por la «mentalidad hipócrita». Por ahora, no tendremos que ocuparnos de estos fenómenos. Es preciso, sin embargo, llamar la atención sobre cada uno de esos tipos para concebir con más claridad la peculiaridad del elemento utópico.

Las utopías trascienden también la situación social, pues orientan la conducta hacia elementos que no contiene la situación, tal como se halla realizada en determinada época. Pero no son ideologías, es decir, no son ideologías en cuanto logran por una contraactividad, transformar la realidad histórica existente en algo que esté más de acuerdo con sus propias concepciones. Para un observador que tenga un concepto relativamente objetivo de ellas, esta distinción teórica y meramente formal entre las ideologías y las utopías, parece entrañar escasa dificultad. Sin embargo, es difícil determinar concretamente lo que, en determinado caso, es utópico y lo que es ideológico. Tenemos que enfrentarnos aquí con la aplicación de un concepto que entraña valores y modelos. Para ello, es preciso participar en los sentimientos y en los motivos de los partidos que luchan por dominar la realidad histórica,

Por el hecho de que la determinación concreta de lo que es utópico procede siempre de cierta etapa de la existencia, es posible que las utopías de hoy se conviertan en las realidades de mañana: «las utopías sólo son a menudo verdades prematuras», (*Les utopies ne sont souvent que des vérités prématurées*, Lamartine). Quien pone a una idea el marbete de utópica, es generalmente el representante de una época pasada. Por otra parte, el presentar las ideologías como ideas ilusorias, adaptadas al orden presente, es generalmente una tarea a la que se dedican los representantes de un orden de existencia que se halla aún en proceso de gestación. El grupo dominante está siempre de acuerdo con el orden existente, que determina lo que se debe considerar como utópico, en tanto que el grupo ascendente que está en pugna con las cosas tales como son, es el que determina lo que debe considerarse como ideológico. Otra dificultad -la de definir exactamente, en determinada época, cuál es la ideología y cuál la utopía- resulta del hecho de que los elementos utópicos e ideológicos no aparecen aislados en el proceso histórico. Las utopías de las clases ascendentes se hallan a menudo, en gran parte, impregnadas de elementos ideológicos.

Sólo cuando la concepción utópica del individuo se adueña de corrientes de pensamiento que va existían en la sociedad y las expresa, sólo cuando se remonta a la visión original del grupo, y cuando tal concepción se traduce en acción, sólo entonces un nuevo orden de existencia lanza un reto al orden vigente.

4. Cambios en la configuración de la mentalidad utópica: sus etapas en los tiempos modernos

a) *La primera forma de la mentalidad utópica: el quiliasmo orgiástico de los anabaptistas*

101.

El recodo decisivo de la historia moderna fue, desde el punto de vista de nuestro problema, el momento en que el milenarismo sumó sus fuerzas a las activas exigencias de las capas oprimidas de la sociedad. La mera idea del advenimiento de un reino milenarista en la tierra siempre entrañó una tendencia revolucionaria, y la Iglesia hizo todo lo que pudo a fin de paralizar esa idea trascendente a la situación. Esta doctrina, que de cuando en cuando revivía, volvió a aparecer en Joaquín de Flores, entre otros, aunque, tratándose de él, no se creyó que fuera revolucionaria. Sin embargo, en los husitas, y después en Thomas Münzer y los anabaptistas, esas ideas se convirtieron en movimientos activos de determinadas capas sociales. Las aspiraciones que hasta entonces no se habían propuesto una meta específica ni habían tenido por objeto los fines supremos del hombre, de pronto adquirieron un aspecto secular. Se las juzgó realizables aquí y ahora y se las incorporó con gran celo a la conducta social.

Las energías orgiásticas y los brotes extáticos empezaron a actuar en el ambiente del mundo, y tensiones que anteriormente trascendían la vida cotidiana se convirtieron dentro de ella en agentes explosivos. Lo imposible engendra lo posible y lo absoluto interviene en el mundo y condiciona los acontecimientos reales. Esta forma radical y fundamental de la utopía moderna fue moldeada con una extraña materia. Correspondió a la fermentación espiritual y a la excitación física de los campesinos, es decir, de la clase que estaba en comunión más íntima con la tierra, Era, al mismo tiempo, vigorosamente material y altamente espiritual.

No eran las ideas las que impulsaban a los hombres, durante las rebeliones y guerras campesinas, a levantarse en armas, Las raíces de tal erupción yacen en planos vitales mucho más profundos, y elementales de la psique.

Para llegar a una comprensión más completa de la verdadera substancia del milenarismo, y para hacerlo asequible a la comprensión científica, es preciso ante todo distinguir del milenarismo las imágenes, los símbolos y las formas del pensamiento milenarista. Pues en ninguna parte es tan válida como aquí nuestra experiencia de que lo que está ya formado y la expresión que cobran las cosas, tienden a desprenderse de su origen y a seguir su camino independientemente de los motivos que los inspiraron.

b) La segunda forma de la mentalidad utópica: la idea liberal humanitaria

La idea del humanitarismo liberal surgió también del conflicto con el orden existente. En su forma característica establece también una concepción racional «exacta» con la que será preciso adornar la fea y perversa realidad. Esta contraconcepción no se usa, sin embargo, como un «plano» que servirá algún día para reconstruir el mundo. Se la utiliza más bien como una «vara de medir» por medio de la cual el curso de los acontecimientos concretos se puede calcular teóricamente. La utopía de la mentalidad liberal humanitaria es la «idea». Sin embargo, no es la idea platónica, estática, de la tradición griega, que era un arquetipo concreto, un modelo primordial de las cosas; aquí, en cambio, la idea se concibe como una meta formal proyectada hacia el infinito futuro, cuya función consiste en actuar como un designio meramente regulador de los asuntos mundanos.

c) La tercera forma de la mentalidad utópica: la idea conservadora

La mentalidad conservadora como tal no siente afición alguna por las teorías. Esto concuerda con el hecho de que los seres humanos no hacen teorías respecto de situaciones reales en las que están viviendo, mientras se hallan bien adaptados a ellas. Tienden, en tales condiciones de existencia, a considerar el ambiente como parte de un orden natural que, por consiguiente, no ofrece ningún problema. La mentalidad conservadora en sí no tiene utopía. Se halla, dentro de su propia estructura, en perfecta armonía. Carece de todas las reflexiones e iluminaciones del proceso histórico

que provienen de una aspiración al progreso. El tipo del conocimiento conservador es, originariamente, de índole práctica. Consiste en orientaciones habituales y a menudo reflexivas hacia los factores inmanentes a la situación. Hay elementos ideales que perduran en el presente como vestigios de la tensión de períodos anteriores, en que el mundo no se habla estabilizado, y que ahora operan sólo ideológicamente: son, verbigracia, creencias, religiones y mitos desterrados a un reino que está más allá de la historia. En tal etapa, el pensamiento, como lo indicamos ya, se inclina a aceptar el mundo circundante con toda la accidentalidad de su concreción, como si fuera el propio orden del mundo, que se debe aceptar como es y que no ofrece problema alguno. Sólo el contraataque de las clases de la oposición y su tendencia a rebasar los límites del orden existente, hace que la mentalidad conservadora inquiete las bases de su propio dominio, y produce necesariamente entre los conservadores reflexiones históricas y filosóficas respecto de ellos mismos. Así surge una contrautopía que sirve como medio de orientación y defensa.

d) La cuarta forma de la mentalidad utópica: la utopía socialista-comunista

Por una parte, el socialismo tuvo que convertir en radical la utopía liberal, la idea, y por la otra, hubo de reducir a la impotencia o, en determinado caso, vencer completamente la oposición interna de la anarquía en su forma más extrema. Su antagonista conservador es considerado sólo secundariamente, lo mismo que en la vida política pelea uno generalmente con más rigor contra un adversario al que se está cercano que contra uno del que se siente alejado, porque hay una tendencia más fuerte a aceptar insensiblemente la concepción de aquel, y, por tanto, es preciso ejercer una vigilancia especial sobre esa tentación interior. Por ejemplo, el comunismo combate con más energía el revisionismo que el conservatismo. Esto nos permite comprender por qué la teoría socialista comunista está en una posición que le permite aprender mucho del conservatismo.

El elemento utópico del socialismo, debido a esta situación de múltiples aspectos y a la última etapa de sus orígenes, presenta una cara de Jano. Representa no sólo un compromiso, sino también una nueva creación basada en una síntesis interior de las varias formas de utopía que han surgido hasta ahora y que han luchado entre ellas en la sociedad.

El socialismo y la utopía liberal son una sola y misma cosa en el sentido de que ambos creen que el reino de la libertad y de la igualdad se realizarán sólo en un remoto futuro.

5. La sociología del conocimiento

La sociología del conocimiento se ocupa no tanto de las deformaciones debidas a un propósito deliberado de engañar, como a las varias maneras en que se presentan los objetos al sujeto, según las diferencias del marco social. Así pues, las estructuras mentales se forman inevitablemente de un modo diferente según las diferencias del ambiente social e histórico. De acuerdo con esta distinción, dejaremos a la teoría de la ideología sólo las formas primitivas de lo «inexacto» y de lo insincero.

Consideramos a esta concepción de ideología como algo "particular", porque siempre se refiere a aseveraciones específicas que pueden pasar por disimulos, falsificaciones o mentiras, sin atacar la integridad de la total estructura mental del sujeto que afirma. La sociología del conocimiento, en cambio, toma como problema precisamente esa estructura mental en su totalidad, tal como se ve en diferentes corrientes de pensamiento y en ciertos grupos histórico-sociales.

Teoría de la determinación social del conocimiento

Es posible considerar la determinación existencial del pensamiento como un hecho comprobado en aquellos ramos del pensamiento en que podemos mostrar: a) que el proceso del conocimiento no se desarrolla, en realidad, de acuerdo con leyes inmanentes, que no se deriva sólo de la «naturaleza de las cosas» o de «posibilidades meramente lógicas», y que no obedece «a una dialéctica interna». Por el contrario, la emergencia y la cristalización del verdadero pensamiento se hallan influenciadas en muchos puntos decisivos por factores extrateóricos, de diferentes clases.

Éstos pueden designarse, en oposición con los factores puramente teóricos, con el nombre de factores existenciales. Esta determinación existencial del pensamiento deberá considerarse también como un hecho, ü) si la influencia de esos factores existenciales en el contenido concreto del conocimiento tiene una importancia algo más que periférica, si influyen no sólo en la génesis de las ideas, sino que penetran en sus formas y en su contenido, y si, además, determinan de un modo decisivo el alcance y la intensidad de nuestra experiencia y de nuestra observación, es decir, aquello que se designa como «la perspectiva» del sujeto.

La penetración esencial del proceso social en la «perspectiva» del pensamiento

¿Los factores existenciales del proceso social tienen acaso un significado meramente periférico, debe considerárseles sólo como condicionando el origen o el desarrollo real de las ideas (es decir, debe creerse que su importancia es únicamente genética), o penetran en la «perspectiva» de concretas afirmaciones particulares? Éste es el punto que habremos de resolver. La génesis social e histórica de una idea carecería de importancia en cuanto a su validez última, si las condiciones sociales y temporales de su aparición no tuvieran efecto alguno sobre su contenido y su forma. Si tal fuera el caso, sólo sería posible distinguir dos periodos diferentes de la historia del conocimiento humano, pues en un período mas remoto algunas cosas eran aún desconocidas y existían ciertos errores que, gracias a conocimientos ulteriores, fue posible corregir. Esta simple relación entre un período anterior incompleto y otro más reciente y completo de conocimiento, puede hasta cierto punto ser adecuada para las ciencias exactas (aunque, a decir verdad, hoy en día la noción de la estabilidad de la estructura de las ciencias exactas, en relación con la lógica de la física clásica, no es muy firme). Sin embargo, para la historia de las ciencias culturales, las etapas anteriores no quedan cubiertas en una forma tan sencilla por los períodos ulteriores, y no es tan fácil demostrar que los errores primitivos se han logrado corregir. Cada época tiene su modo particular de plantear el problema y su punto de vista especial, y por tanto ve el «mismo» objeto con una perspectiva nueva.

«Perspectiva», en este sentido, significa la forma en que contemplamos un objeto, lo que percibimos de él, y cómo lo reconstruimos en nuestro pensamiento. Por tanto, la perspectiva es algo más que una determinación meramente formal del pensamiento. Se refiere también a los elementos cualitativos de la estructura del pensamiento, elementos que forzosamente debe dejar pasar por alto la lógica puramente formal. Precisamente esos factores son responsables del hecho de que dos personas, aun cuando apliquen en idéntica forma las mismas leyes de lógica formal, es decir, el principio de contradicción o la fórmula del silogismo, pueden juzgar el mismo objeto de un modo enteramente distinto.